



Hace algunos días escuchaba en un programa de radio de ámbito nacional a vecinos y ediles de la localidad catalana de San Quirze. Según el director del programa y realizador del reportaje eran noticia, y merecía la pena conocerlos y descubrir sus opiniones, porque tenían una «rara» y «curiosa» costumbre. Resulta que el alcalde de este pueblo, a la hora de decidir sobre los asuntos de mayor importancia, o que por alguna razón pudieran ser objeto de controversia y polémica, invita a los vecinos interesados a participar en un debate, organizado a tal efecto, antes de decidir.

No deja de ser una ironía que esta forma de proceder sea lo noticiable y casi lo insólito. Parece ser que lo normal, lo inmensamente extendido por todos los pueblos de España, sea interpretar los resultados electorales como la obtención de una especie de «patente de corso» -sobre todo si de mayorías absolutas se trata- para hacer y deshacer en los cuatro años de mandato. Es más, los propios resultados electorales vienen a interpretarse como si de un examen de reválida se tratara; es decir, el aprobado o el suspenso sobre una gestión en la que los examinadores estuvieran al margen y se mantuvieran ajenos. Parece ser que lo normal y lo corriente sea que pocos equipos de gobierno municipal se planteen la vuelta a los orígenes y la racionalización de la vida política, con algo tan sencillo como consultar a los propios vecinos.

En Manzanares se han adoptado decisiones polémicas y arriesgadas desde la alcaldía en casi todas las legislaturas democráticas: pavimentaciones, normativas, edificaciones públicas, revisiones de impuestos, etc.; otras estarían pendientes de tomarse, entre las cuales las que puedan afectar al casino y a otros edificios declarados de interés por su singularidad, pueden ser suficientemente representativas. Todas ellas se han asumido -o se asumirán- como ejercicio de un riesgo vinculado a las tareas de gobierno, y muchas o casi todas las decisiones se adoptarán importando poco o nada la opinión de la

por **BERNARDO  
FERNÁNDEZ-PACHECO  
VILLEGAS**



## Lo normal y lo insólito

oposición, y mucho menos lo que los particulares interesados e incluso lo que expertos en la materia en cuestión, pudieran aportar.

Al vecino de San Quirze no se le obliga a opinar y tampoco a debatir. Quien no esté interesado en el tema para nada interrumpe sus rutinas. Pero aquellos que sí tienen algo que decir, y que entienden que su deber es participar, encuentran un cauce formalizado para escuchar y para ser escuchados.

Cuanto mayor es la ciudad más difícil es la participación y más necesario se hace el juego representativo. Pueblos y ciudades como Manzanares, sin embargo, podrían con toda facilidad retomar los orígenes de la vida democrática -la asamblea-, no lo olvidemos- y perfeccionar las formas de participación municipal de los vecinos en todo tipo de tareas, sobre todo en aquellas que más directamente le van a afectar e incumbir.

El modelo tradicional, el considerado como más normal y corriente, encierra graves e insalvables inconvenientes. El vecino renuncia a sus responsabilidades y sólo es protagonista de la vida municipal cuando deposita el voto; vive ajeno a las decisiones municipales más importantes, delega por completo en sus ediles y se convierte en ciudadano pasivo que sólo sabe reaccionar manteniendo o cambiando el voto. El modelo es una fuente de pobreza que no contribuye en nada al lógico enriquecimiento social. Un modelo cuasipaternalista que desvirtúa, en aras del pragmatismo y de eso que llaman gobernabilidad, lo más esencial en la vida de las comunidades típicas de poblaciones de menos de veinticinco mil habitantes, e incluso mayores.

El modelo tradicional a la vez provoca y cultiva el endiosamiento de los líderes políticos y el desarrollo de toda una serie de servidumbres que poco tienen que ver con el juego democrático.

Los vecinos y los ediles de San Quirze parece que entienden que el sistema legal de gobierno admite mejoras y que éstas siempre vendrán desde la mayor implicación y no desde el alejamiento. Lo más natural, aunque los vientos lleven la nave en dirección opuesta. Ironía es el nombre del temporal.

